

LA ANTÁRTIDA GUARDA
SECRETOS QUE DEBEN
PERMANECER OCULTOS



LAS BRUJAS DEL HIELO

MATIAS HENKER

LAS BRUJAS DEL HIELO

POR

LANDON HENKER

Registrado en 2018

Todos los derechos reservados, la presente obra se encuentra protegida por las leyes de derecho de autor internacionales y se encuentra prohibida su reproducción total o parcial.

La opinión expresada aquí corresponde solamente al autor.

México Distrito Federal 2018

LAS BRUJAS DEL HIELO

Reporte de guerra.

Algún punto en el hemisferio sur cercano a las costas argentinas.

Las horas eran diferentes a como todos lo habíamos vivido al otro lado norte del mundo, allá lejanos de todo frío o intemperie, la familia nos despidió con demasiada tristeza puesto que nunca tuvieron la certeza de vernos nuevamente y es que la guerra era más que solo un trámite, ahora era real. Los antecedentes existieron justamente desde antes, aquella gran guerra librada en Europa les costó la vida a millares de buenos jóvenes, personas que pudieron aportar más al país que lo que dieron con la llegada de su muerte. Pasaron los días y las misiones estuvieron a la orden de cualquiera que quisiese tener un poco de acción mas no era nuestro caso. Todavía puedo recordar cuando los militares de rangos superiores hablaban sobre el buen estado en el que se desarrollaba la guerra, sin embargo, no existía demasiada certeza de ello con los diarios circulantes hablando en cada una de sus páginas sobre la madeja de conflictos multinacionales.

Al principio solo fue Alemania, después le siguieron otros como los nipones o los italianos quienes reprochaban a la liga de naciones acerca de lo poco que se les había apoyado en la postguerra. Fuera la realidad que fuese estaba el planeta al borde del colapso con cada bomba destrozando piedra sobre piedra y no dejando futuro para muchos. Los ingleses lloraron por la ayuda que requerían, el primer ministro sostuvo varias pláticas con el presidente, muchas de ellas nunca salieron a la luz por no ser de carácter importante para nuestra nación, aunque sin duda estábamos todos inmiscuidos en esta terrible calamidad.

Realmente nunca supimos la verdadera intención de nuestro viaje hasta aquel desértico paraje blanco, habíamos hecho una parada antes en argentina y muchos estuvieron contentos por admirar lo hermoso de estas tierras que muchos comparaban con lo virgen de Alaska. El viaje fue cansado, numerosas veces tuvimos que esperar en puertos aliados hasta que se nos diera permiso de seguir avanzando y llegar a la Argentina en su porción más cercana a la Antártida, la zona más al sur de lo que el hombre puede imaginarse.

Como si fuera de lo más primordial, las bitácoras eran llevadas por escribas modernos cuya única función no era más que dar fe de lo que hacíamos, aunque también se encontraban las libretas oficiales las cuales quizás diferían mucho de nuestros apuntes baratos y dotados de poca capacidad para expresar nuestras ideas propiamente. Podría ser algo tonto, pero el registro de todas las actividades del ejército es algo importante y todos así lo saben pues están conscientes de que nuestras acciones pudieran ayudar a las misiones venideras y para el análisis de la guerra. Más de uno llevó, sin mencionarlas, cámaras fotográficas y recolectaron una cantidad importante de imágenes que iban desde los prístinos mares, los enormes glaciares a lo lejos e incluso a las jovencitas que conocían en el camino. Era de esperarse que estos caballeros estuviesen contentos pues eran casi tomados por héroes, eso es lo que querían entender de las palabras en español que llegaban a sus oídos, era demasiado probable que así fuera puesto que no importaba quien estuviera observando la guerra, si tenía un palmo de frente seguramente entendía quién era el enemigo y aquellos que no lo éramos. Para mala fortuna de estos compañeros, cada uno de esos artefactos fue confiscado y destruido, no estaba permitido tener ninguna evidencia de las actividades o por donde nos desplazábamos; mencionaban los superiores que esto era por el bien de la seguridad de la misión.

De entre todos los superiores, uno llamaba mucho más la atención que los demás, se trataba de un joven capitán que fungía como la referencia de todos para casi cualquier tema; Cooper. Este soldado, aparentaba estar más versado en muchos temas que muchos nosotros, aunque no nos llevase más de algunos años pues su talante no era diferente al de muchos de los rasos.

La comida nunca fue buena, ni siquiera los pasteles de manzana tenían ya un buen sabor, marchitos por el frío; se convirtieron en una comida más para dejar de ser considerados como un manjar que trajimos desde los Estados Unidos. En el barco en el que nos transportaban, se intentaban mantener la moral y reflejar que allí también era suelo norteamericano mas su intento se quedaba en eso; tan solo un intento.

Estos tiempos, son los peores que hemos atravesado, todos hemos sido arrancados de nuestros hogares y hemos sido obligados a pasar tiempo fuera de ellas prestando servicio a nuestro país, no sé hasta dónde ha abarcado esta

guerra con exactitud, pero sin ninguna duda, tengo miedo de que sea mayor de lo que nos han mencionado o incluso de que nos veamos envueltos en el ojo de la tormenta al llegar a nuestro destino. Creer que morir con una bala en el pecho o en la cabeza fuese lo peor, sería aceptable cuando no se conocían algunas de las atrocidades que los alemanes llevaban acabo sobre los indefensos civiles.

Esos desgraciados, están matando a la gente por todos lados, primero Polonia, después los países bajos y ahora Francia, se encontraban sumidos en la guerra de las fuerzas alemanas. París fue la menos afectada, se habían rendido para salvaguardar la belleza de su ciudad, pero no se podía decir lo mismo de cada uno de los núcleos civiles que fue arrasado de la mano de los tanques enemigos.

—A veces es mejor no pensar en todas esas malditas balas. — Dijo uno de mis compañeros, no le conocía del todo, de hecho, muchos de ellos y sus nombres eran desconocidos para mí.

—De eso no existen dudas, si se piensa en la muerte tan solo se puede estar atrayéndola. —Respondí sin devolverle la mirada. Ambos nos encontrábamos montando guardia en el caso de aquel buque de medias corazas y de carga valiosa.

—Sargento, ¿Usted ha dejado algo atrás? — Me sentí incomodo con la pregunta. —No tiene que responder, casi todos nosotros hemos dejado todo, pero personas como usted, con un grado más alto, seguramente estuvo esperando este momento durante toda su formación ¿No es así? —

—Dejé la granja de mis padres. — Le dirigí la mirada. —Y no, nunca quise estar aquí pues tan solo se me dio el puesto por haber llegado a la escuela por un poco más de tiempo que los demás. —

—Oh ya veo, es un académico... —

—Solo intentaba entrar a la universidad, pero supongo que eso ya no importa.

—

—Nada importa ya, sargento. — Fumó su cigarrillo que luchaba por no apagarse y sorteaba las arrugas en su fino papel. —No me lo ha preguntado, pero yo no dejé nada atrás, de hecho, doy gracias de estar aquí pues me ha dado una razón más para vivir... aunque eso signifique la muerte para otros.

El soldado tenía razón en sus palabras, no tenía nada más que perder y aquí a tan solo algunos pasos de estar de lleno dentro del mar de Wedell, daba la impresión de que él era uno de los que afrontaría de mejor manera nuestro viaje.

—¿Ha escuchado algo acerca del sitio a donde vamos? Los demás están empezando a decir que daremos la vuelta al mundo para tomar a los alemanes por sorpresa. Guyton ha calculado que podemos llegar hasta el sur de África con tan solo circunnavegar la Antártida, sería un verdadero dolor de cabeza para los nazis. — Se escuchaba ansioso de iniciar la batalla. — Por cierto, es una descortesía continuar una conversación sin conocer su nombre, el mío es James Curtis ¿Y el suyo? —

—Rufo Williams. —

—Entonces ¿Si está Guyton en lo correcto? —

—Yo tampoco estoy seguro, es secreto revelado solo para los oficiales, pero si me permite dar mi punto de vista, esta embarcación no lleva demasiadas cosas como para hacer frente a los alemanes y menos en África, mas bien considero que estamos yendo a una expedición al hielo. —

—Pues no se qué querrán buscar en el maldito hielo. — Dio un trago de humo.
—Hay algunas cosas que deben permanecer sepultadas, quizás la guerra no sea lo peor que existe en el planeta. —

Me le había quedado observando, tenía razón en sus palabras, sin embargo, considerar que la expedición no tenía un propósito era algo totalmente inverosímil y por mi parte me dediqué a dejar parlotear acerca de los amoríos que dejase allá en las planicies de Carolina del Norte.

No he de negar que la platica me había dejado con un sinsabor, deseaba tanto como los demás soldados, conocer el destino de nuestra misión, aunque era algo prácticamente imposible hacer que los oficiales en el buque hablasen y más cuando pertenecíamos a diferentes facciones de la milicia y otros más de la armada.

Sumirme en mis pensamientos en medio de las ventiscas, era lo único que podía hacer para evitar prestarle demasiada importancia a la duda que nos asaltaba en momentos de tranquilidad, pronto sería el momento en el que lo descubriésemos así que tampoco existía una prisa desesperada por averiguarlo.

Sin exagerar, lo poco que conocíamos del problema armado nos transportaba a plantearnos los escenarios posibles sin dejar a un lado la evidente desinformación que nos llegaba procedente de las tierras en disputa. Desde que comenzó el conflicto en 1939, nos habíamos mantenido al margen de esta guerra, pero ahora nuestros dirigentes parecían querer hacer que nuestro país, los Estados Unidos, tomasen un papel importante para la salvación del mundo entero, en palabras del propio presidente “América debía de ser el gran arsenal de las democracias” vaya excusa, habríamos preferido que le diera un papel más protagónico al ataque a los hermanos en Hawái, no es que no se hiciese, pero esto sin duda habría encendido más los ánimos de pelea y no los mantendría como actualmente estaban, como si fuéramos tan solo el apoyo para los que estaban perdiendo la lucha al otro lado del atlántico.

Lo entiendo perfectamente, todos lo entendemos sin que sea demasiado complicado acuerpar la respuesta en nuestros corazones, luchamos contra un enemigo formidable, pero ¿Realmente tenían que mandarnos tan al sur? Y con ello me asaltaba la pregunta de aquel joven de Carolina; estaba en lo cierto al dudar de nuestra utilidad. Muchos de los hombres que están con nosotros, estos buenos americanos que fueron elegidos por el oficial Cooper personalmente, nadie está seguro sobre las cualidades que buscaban más eso no les evitaba que prestaran su valiente servicio.

Pude encontrar un rayo que me mostró una posibilidad y esa no era otra más que la de que nos encontremos haciendo maniobras de reconocimiento, muchos desearíamos estar prestando servicio en combate en Europa, pero no, al contrario de nuestras ganas, nos enviaron a este paraje de hielo y frío intenso. La relevancia de este lugar no era clara, ninguna persona podría enclavar una base allí ni siquiera Hitler estaría tan loco como para exponer a su gente a una muerte garantizada.

—Sargento... — El capitán Cooper me había llamado a que tomase lugar dentro de la cabina de mando, no había nadie allí al momento de mi presuroso arribo.

—A sus órdenes, ¿En qué le puedo servir? — Intentaba captar todo el calor posible con mis manos, el frío del exterior era crudo y los guantes no eran suficientes para mantenerle a raya.

—Quisiera que llevara un registro de nuestra actividad durante este viaje. — Dijo al momento de sacar un cuaderno forrado en cuero.

—Pero señor, los demás soldados ya han empezado a tomar notas, sería desventajoso ¿No cree? Además, no soy demasiado bueno haciéndolo, si es que conoce a lo que me refiero.

—No quiero que sea algo militar, este es mi diario personal, tan solo quisiera que quedase una constancia particular de mi obra en este viaje de reconocimiento. — Acerté en mi suposición sobre nuestro plan. —Las bitácoras suelen ser poco específicas y se fijan más en lo general que en lo particular, no quisiera que así fuese recordada la misión más importante en la que he participado.

No tuve más remedio que tomar ese bloque de hojas amarillentas y asentir cuando cambiaron de manos, estaba comprometido con hacer una labor importante para alguien. Cooper me dio instrucciones precisas sobre cómo deseaba que su diario fuese rellenado, me quedó claro que me había elegido por mis habilidades como dibujante y se hizo con ellas una idea de que deseaba ilustrar de la mejor manera posible su actuar.

—Téngalo por seguro que así será. —

La charla fue corta, nada de congeniar ni de regalar sonrisas fingidas, él lo tomaba como un trabajo importante y así yo lo hice también. No cambiaría en nada mi papel militar, me daría un poco más de razones para prestar atención a las cosas que se suele no tomar en cuenta, sin embargo, me daba gusto que alguien valorara un poco mis trazos no tan buenos.

Con la invitación a seguir a Cooper de cerca, no vino nada más, ni una ventaja por arriba de los demás soldados con los que compartíamos camarotes atestados con nuestras almas friolentas y desencajadas. Querer obtener favores dentro del ejército no siempre son las mejores alternativas que puede una persona tener, los celos y las envidias, si no es que ya son sinónimos por si mismos; son el ácido que corroe el corazón humano al encontrarse en una desventaja de clases. Disfrutábamos el viaje, las bromas no faltaban, cada uno alardeaba sobre lo hermosa que eran sus mujeres; nadie deseaba quedarse detrás en ese aspecto y con ello indirectamente amenizaban los ruidos de metales chirriantes del buque en medio de las olas.

No podemos, digo podemos, porque nadie recuerda la última vez que el termómetro estuvo sin congelarse y este fue el caso de cuando llegó hasta los

treinta grados bajo cero y eso que todavía no hemos alcanzado la Antártida en su porción más continental. Jugábamos con la novedad que significaba no tener ni la más remota idea acerca de qué era la auténtica medición de la temperatura, algunos decían que eso solo significaba una cosa que no era más que estar llegando al corazón del mismo demonio quien por sobre todas las cosas habitaba un infierno muy diferente al que nosotros creíamos como cierto.

El aire nunca se cansaba de soplar, era tan fuerte que provocaba que sintiéramos como pellizcaba las mejillas, vivíamos con las escasas barbas y cabellos llenos de escarcha pues el agua se congelaba en los rostros e incluso ya se había comenzado a formar una capa de grasa sólida en nuestros rostros producto de lo oleoso de la piel humana.

Con el avance del buque, este recibía advertencia a cada milla recorrida, por medio de sutiles mensajes como lo eran los oleajes agresivos y el bamboleo agudo; dejando incertidumbre en los hombres de mar. El refugio era escaso, allá detrás de las paredes frías de hierro forjado las historias eran extremas como el frío en el exterior, el cuerpo humano no estaba diseñado para la travesía y muchos presentaron esa malnacida coloración violácea en los extremos de sus piernas. El calor humano no era suficiente en ocasiones para contrarrestar lo peor de nuestro viaje, la sangre escarchada recorría cada capilar con dificultad precipitando la agregación plaquetaria por el daño eritrocitario acontecido. No éramos médicos, aunque no era necesario conocer que estaban próximos al colapso vascular por hipotermia y es que tan pronto estuvimos a punto de llegar la península de Weddell, existieron casos de soldados que ya habían perdido extremidades a causa del frío intenso.

Me acerqué a uno de ellos, la pantorrilla estaba rígida como si de una piedra se tratase, volví la vista al joven médico que nos acompañaba y dejé que mi esperanza se perdiera al ver su rostro de aceptación pues se encontraba sacando desde el fondo del petaquín de cuero resistente, una sierra de Jiggly se asomó ansiosa de entrar en contacto con la rancia pierna del soldado. Se colocó un torniquete alrededor de la fuente principal de irrigación, no creí que fuera prudente registrar este acto dentro de la bitácora del capitán Cooper, a pesar de que deseaba con creces poder captar el momento.

La sangre no saltaba como cualquiera esperaría, estaba dentro de un terrible estado congelado pues no fue necesidad de sedar por completo al soldado

cuando los jirones de piel y musculo quedaron liberados de su cuerpo. La cauterización de los extremos fue seguida de una costura poco fina, los groseros bordes de piel quedaron suturados en una equis y muy propensos a infectarse en el trayecto, sin embargo, el trabajo principal de salvarle la vida y prevenirle la diseminación bacteriana fue realizada de manera exitosa. No fue el primero ni el ultimo de los casos observados, casi media docena de hombres pasaron por el tormentoso proceso de ver su utilidad bélica irse por el caño puesto que para el ejercito no serían de valor durante la misión. He de confesar que al principio sentí que el estomago se me subió a la garganta, pero el proceso repetido de estas acciones me fue enseñando que en ocasiones para salvar una vida hay que tomar decisiones complejas, aunque agradezco al cielo no ser ni uno de los amputados o siquiera ser el médico encargado de la tarea.

Las horas pasaban, no tocábamos tierra, o hielo en este caso, quedábamos sumidos durante el terrible clima exterior intentando olvidar las malas andanzas con juegos de cartas, cigarros y platicas largas sobre terrenos cálidos cercanos a nuestro hogar. Era totalmente inverosímil pensar que el *Queen of the Seas* pudiera hundirse ante las imponentes olas que lo azotaban, era un gran barco que reflejaba muy bien nuestro espíritu, el espíritu americano, fuerte, grande y obstinado, al menos eso era lo que el capitán Ford decía antes de que dejáramos a la mayor parte del batallón enclavado en Ushuaia. Nuestra tarea era más sencilla que la de otros hombres que arriesgaban su vida en combates en las porciones de macizos terrestres en Europa, aquellos días que han marcado la historia de nuestra vida como la de aquellos que sabrán todo lo que aquí ha sucedido, casi llega a su fin. El frio era de las cosas que más nos atormentaban, mis manos padecían una coloración parecida a la del azul. Blancas y pálidas, mis extremidades se sentían adormecidas tras cada segundo que el avance de nuestra unidad realizaba, gracias a Dios no he perdido ninguno de mis dedos a causa de la mezcla horrenda de humedad y frio, eso es porque fui de los pocos que han recibido un poco más de calcetines secos y una doble cantidad de pantalones que pongo uno sobre otro para evitar que el frio me quemase como si se tratase de fuego intenso. Realmente me hubiese gustado quejarme de la situación, pero los hombres no pueden ver a sus oficiales llorar por una nimiedad como esa, si esta era mi carga como sargento, imagino la carga que Cooper tenía.

Mis compañeros y yo hemos estado trabajando duro a bordo de nuestro barco,

recibiendo órdenes a diestra y siniestra, no son órdenes que sean difíciles de acatar ya que a pesar que nuestro papel como aquellos grumetes del más bajo rango, nosotros también nos encontrábamos gustosos en realizar cada una de las tareas que facilitarían a nuestra embarcación a su destino, la *Queen of the Seas* era un maravilloso navío hecho de innumerables restos de otras naves aliadas que habían sucumbido ante el poderoso embate de los submarinos Alemanes, eso era bueno, pero nosotros no éramos marineros y los pocos que sí lo eran, no eran suficientes para echar a andar a tan fastuoso navío, digo fastuoso quizás porque nunca he visto otros similares, algunos oficiales dicen que en Hawái hay otros barcos, los destructores, que son mucho más inmenso que este y que lo harían palidecer como si se tratara de un mero barco de juguete..

Hace algunos días había llegado hasta nuestra ubicación, cercana a las costas argentinas, una transmisión que seguramente tenía miles de kilómetros en su haber y que seguramente provenía retransmitida desde los Estados Unidos donde se nos reveló una noticia que muchos decidimos creer con un fervor indomable; la noticia no podía ser otra más que el anuncio de la entrada próxima de nuestros hombres a las regiones del norte de Francia. Era un momento extasiante, posiblemente el avance de los aliados en el macizo europeo era la mejor noticia que todos podríamos recibir. Por primera vez, los aliados volvían a tener presencia en la porción continental de la guerra. El costo fue muy alto, el desembarco de Normandía no se olvidará fácilmente en años venideros, pero la lucha estaba todavía muy lejos de terminar.

Las noticias nos ponían contentos ya que acabarían con años de lucha y muerte, sin embargo, a su vez ponía en duda nuestra misión; la búsqueda de nuevas bases alemanas en la Antártida era algo difícil de creer, pero era muy factible de ser verdad. El alto mando americano no tenía ningún problema para enviar a un grupo de reconocimiento y acción rápida; éramos nosotros los elegidos. No se conocía muy bien los detalles que nos habían llevado a esa misión, pero incluso se llegaron a mantener versiones que afirmaban vehementemente que el dirigente de los alemanes, Adolf Hitler, había sido visto en algunos puertos de América del Sur y que, probablemente, estaría supervisando alguna nueva edificación bélica en el continente antártico.

Su jefe militar, el de los alemanes, quien era fácilmente reconocible en todo el

mundo, no solo por su brillante genialidad bélica sino también por sus ropajes icónicos y bigote ridículo, había realizado personalmente viajes hasta aquel continente desierto, según las versiones no aclaradas, y sus motivos, de ser ciertos, variaban enormemente según las versiones que se escucharan. Unos decían que buscaba armas especiales en el fondo del hielo, pero otros más decidían creer que aquel estéril sitio albergaba una base secreta donde el Führer probablemente escondía máquinas bélicas preparadas para recibirlo en caso de perder terreno en el viejo continente. Existía de igual manera una tercera versión que era la menos apoyada, en ella, Adolf, era imputado de mantener tratos con seres sobrenaturales y encontrarse tras viejas reliquias del mundo antiguo. El propósito, según se argumentaba, era el de utilizar el poder de míticos instrumentos para inclinar la balanza de la guerra; balanza que se estaba empezando a inclinar en su contra.

De cierta manera odio a los argentinos que dieron el “supuesto” aviso de la presencia de los alemanes al sur de su país. De no ser por ellos, no habríamos abandonado la seguridad de nuestro querido diario, aunque eso habría sido considerarnos unos cobardes que preferían estar solamente patrullando zonas de territorios neutrales, ahora que lo pienso bien, no los odio y al contrario les doy las gracias por dejarnos sernos útiles.

Fuese lo que fuese, nosotros teníamos la obligación de desmentir aquella creencia que se había regado entre los marineros de distintas embarcaciones en Sudamérica, rumores que afirmaban haber visto un enorme submarino con los colores alemanes; ninguno tenía pruebas que demostraran sus avistamientos por lo que algunos de los informes quedaron en palabrerías de viejos hombres de mar alcoholizados. Pero, alguna vez rezó un viejo dicho que oraba: “Jamás creas todo o nunca creas nada, la verdad, yace en un punto intermedio”

A pesar de no tener fundamentos para sospechar que hubiese navíos enemigos cercanos al círculo polar Antártico, no podíamos considerar aquello como inverosímil ya que durante el desarrollo de la guerra habían visto la luz numerosos proyectos tanto alemanes como aliados, vehículos, máquinas y armas entre muchos otros, algunos parecían sacados de historias fantásticas y desafiaban la imaginación de cualquiera. Quien sabe ahora, quizás tengan algún tipo de submarino muy adelantado que sea indetectable por nuestros

sonares. No estoy muy seguro si mis hombres se encuentran preparados para luchar en contra este formidable e implacable enemigo. Por ahora, no teníamos que preocuparnos por ese problema, antes de ello, tendríamos que dejar parte de la tripulación y de las provisiones en la ciudad portuaria de Ushuaia, que más que decir ciudad, era un pueblo con nada más que lo básico para sobrevivir.

Llegamos al puerto, claro que no era un auténtico puerto puesto que lo habíamos fabricado nosotros mismos al clavar algunos objetos de metal en el suelo para permitir que nuestro barco se anclara, los amarres se arrojaron y en tan solo algunos minutos nos encontrábamos en el último bastión del hombre ante el inhumano hielo. Doy gracias al cielo de no ser Cooper, en este momento, las tareas que tenía que realizar ante toda la logística del despliegue de dos grandes brazos armados, era demasiado para mi pobre mente y, a pesar de que Ford, era el capitán del Queen of the Seas, este no tenía la capacidad de fungir de ninguna utilidad planeando despliegues en tierra. Aunque debo admitir, que quizás hubiese sido mejor que Cooper, me asignara a mí y a los hombres a mi cargo, a la bahía de Ushuaia, acto que no se realizó de esa manera, en esos momentos de verdad esperaba que fuéramos útiles que desmintiéramos tan inverosímil noticia de los argentinos. Por el contrario de lo que mi corazón deseaba, fuimos evitados en nuestro afán por ser elegidos para la más sencilla de las tareas de aquel pueblo, y en su lugar se nos ordenó preparar las armas y municiones que llevaríamos hasta la Antártida. Todavía puedo recordar el momento en el que dejamos a nuestros compañeros en Ushuaia pues vi con lástima en los ojos, cuando el puerto se volvía a hacer ajeno a nuestra embarcación. Horror, fue aquel que experimentó mi corazón cuando vio el último pedazo de tierra quedar borrado de nuestras miradas. Nada del pueblo importaba ahora, ni si habíamos dejado compañeros de toda la vida o si queríamos permanecer en su aparente seguridad, ahora lo que importaba era que nos encontrábamos en medio de un hostil nuevo ambiente.

Tanto si era verdad como si no lo eran los relatos que circulaban alrededor de una posible incursión alemana, nuestra embarcación tenía el rumbo fijado, harían falta algunos días para dejar atrás costas Argentina y adentrarnos a uno de los mares de los que se sabe muy poco o prácticamente nada, aquellos que habían intentado conocer más sobre aquel lugar, habían pagado con su muerte; al menos es lo que les decían a los familiares de aquellos que habían

desaparecido en medio del gélido océano.

A pesar de los malos augurios, nadie podía quitarnos la felicidad de casi ganar la guerra, la segunda gran guerra, por ello si encontrábamos algún escondite en aquel sitio estaríamos más que complacidos que tirarlo abajo y evitar que sirviera para algún contra ataque alemán.

Cinco días fueron los que pasaron desde que dejamos atrás la última porción de tierra reconocible, ahora habíamos empezado a observar aquellas imágenes representativas de la región, las montañas gélidas estaban saludando a nuestro navío, la hora de hacer la búsqueda utilizando recursos humanos fue poco a poco acercándose hasta que en un momento nos encontrábamos en las costas de hielo inmaculado, aquel hielo tan ajeno a nuestro mundo; aquel hielo era imperturbable ante nuestra guerra.

El viaje hasta el continente casi desconocido fue un viaje complicado, pero sin duda todo se encontraba dentro de lo común y así habría permanecido por no ser por un avistamiento que tuvo lugar en medio de la noche fría y colmada de sonidos marítimos. La hora marcada por el contra maestre del navío indicaban que eran las 2100 horas aproximadamente, una afirmación un tanto extraña pues refirió que una esfera de luz muy brillante, pero no resultó ser que solamente el disco solar que estaba siendo opacado por algunas de los nubarrones que llenan aquel lugar, en los polos, los días y las noches se comportan de una manera muy diferente a como lo hacen en el resto del mundo, los días llegan a ser muy largos e igual las noches. Aunque eso era algo que nos habían dicho los oficiales más altos, eso no dejaba de crear un sentimiento de incertidumbre entre todos los hombres que viajábamos a bordo del buque e incluso Cooper fue tomado por sorpresa por ver que los días se encontraban desfasados en estos límites del mundo; la única opción factible ante los ojos de los oficiales era dar la explicación de aquellos fenómenos que no eran más que una de las características de los polos terrestres. No se puede describir la sensación que tuvimos por aquel desconcertante hecho, pero poco a poco fuimos viendo que era mejor gozar de algo más de luz extra, al menos creemos que es de buena suerte, como si Dios nos estuviera protegiendo de la obscuridad en el hielo.

Mis compañeros no podrían haber estado más agradecidos al ser enviados a este lugar tan lejano e inhóspito durante los días del año que el sol iluminaba

más tiempo aquel sitio, al menos en compañía del sol, nada podría salir mal; si bien existían tormentas que de vez en vez azotaban al Queen of the Seas, esta máquina poco resentía sus embates, aunque algunos sospechábamos que era la habilidad del timonero y no de otra razón. Teníamos que aprovecharlo, porque según el alto mando, aquella situación no sería por siempre, pero grande fue nuestra decepción cuando vimos que aquella hora dada a ese amanecer era erróneo, realmente ya había amanecido y de igual manera nos percatamos que no gozaríamos más luz sino todo lo contrario, empezamos a ver que la noche era mucho más larga y se extendía hasta 17 horas de nuestro día. Hubo cierto grado de desánimo y de odio también contra el reloj en mal estado de aquel marinero y de su tan desatinado comentario, debo de aceptar que para muchos el tiempo es relativo pues medio de la obscuridad, uno siente que la noche no avanza y que las cosas cambian en su duración.

Pasando el primer día de arribo a las costas de blanco congelado, nos encontrábamos listos para poder llevar a cabo la encomienda del ejercito de los Estados Unidos de América, trasladaríamos la búsqueda de cualquier indicio alemán al interior del continente; todo esto apoyado por una cantidad nada despreciable de vehículos que nos apoyarían en las labores.

Entre nuestros vehículos, gozábamos de una modificación hecha por la compañía Jeep para un vehículo todo terreno modificado para su desplazamiento en la nieve, teníamos también un enorme remolque que asemejaba un trineo especial para desplazar cualquier trofeo de guerra que pudiéramos obtener.

Nos adentramos poco a poco en el hielo, no todos los oficiales acudieron en compañía de la tropa, tan solo llevábamos al oficial Cooper que claramente debía mucho de sus promociones a tareas de administración y papelería; esta sería la primera vez que estaría en el campo por así decirlo, aunque su entusiasmo era grande dirigiendo a aquellos hombres, aun se notaba ligera debilidad en su voz.

A pesar del frio intenso que experimentábamos, un frio que congeló nuestros termómetros, pudimos avanzar más de cuarenta kilómetros lejos de las costas congeladas donde reposaba el Queen of the Seas, aunque solo somos arte de la tropa y en ocasiones no se nos permite cuestionar la manera de actuar de nuestros oficiales, hoy si pude mostrar varios puntos respecto a la misión que

no me quedaban claros; no solamente yo lo hice sino que mi compañero Anderson igual lo puso en manifiesto, pero él a diferencia mía expreso de manera más enérgica contra las ordenes de nuestro oficial al mando; la razón no era otra más que aquella que buscaba ser explicada en cuanto a la única duda que todos teníamos, ¿Hasta dónde llegaríamos en aquel bloque de hielo inmenso?

Cuarenta y ocho horas habían pasado desde que mi compañero Anderson había sido retornado hasta el sitio de desembarque junto con otros cinco hombres que sufrían lesiones relacionados con el intenso frio y su manifestación para nada grata en los miembros pélvicos de los que sufren sus estragos, todos viajaban en uno de los vehículos modificados para el frio.

Por nuestra parte, el avance no se detuvo, cuando por fin llegamos a una vasta área despejada de alteraciones geográficas que fue donde con celeridad fue instalado el campamento, cinco horas fueron necesarias tener listas las tiendas; el descanso pudo sobrevenir al tener listas todas las tareas, pronto la noche de tan solo horas se posó sobre nosotros.

Una de las cosas que más se recuerdan mientras uno sirve como parte de los cuerpos militares, ya sea en momentos de paz o de guerra, son aquellos en los cuales la convivencia entre los hombres se vuelve más estrecha, en nuestro caso el intenso frio no era impedimento para disfrutar buenas charlas alrededor de fogatas que adornaban nuestras bebidas calientes; los temas eran tan variados como lo es la vida y era matizado por cada uno de nosotros ya que en general ninguno pertenecía al sitio de donde pertenecía el otro.

Historias en demasía era lo que nos ayudaba a olvidar el frio, las había provenientes de cada rincón del país; tanto de aquellos que hablaban de granjas y sembradíos, como aquellos que dejaron alguna brillante carrera en alguna de esas grandes universidades llenas de petulantes chicos de dinero.

Por mi parte, la historia que tenía para compartir no era nada extraordinaria; una vida rodeada de bombas de gasolina y servicios automotrices era aquello que tenía para intentar sacar a mis compañeros de su desmoralizante permanencia en el hielo, obviamente no lo conseguí.

Quien se llevaba las palmas era Johnson quien era un joven proveniente de las planicies centrales del país y que captaba toda la atención por haber estado

enclavado junto con la séptima división acorazada de los Estados Unidos, la historia que contaba era sobre como defendieron Saint-Vith durante tres días y después retrocedieron por la intensa presión alemana que avanzaba incesantemente; hasta que por fin la división acorazada pudo escapar cubierta de la 82ª división aerotransportada., sin duda los horrores que contaba alimentaban el morbo de los escuchas quienes hacían una cantidad descomunal de preguntas sobre el destino de algunos soldados y de cómo las armas alemanas habían destrozado miles de sueños.

El momento de las historias termino cuando el sueño y el cansancio pasaron factura a los cansados hombres quienes dejaron tan solo a dos vigías alrededor del fuego, al alejarnos a las respectivas tiendas donde nuestros demás compañeros ya descansaban desde varias horas antes fue cuando uno de los soldados hizo el comentario que me hizo pensar toda la noche; aquel hombre le pregunto a su joven compañero sobre cuál sería la razón estratégica de los Alemanes en colocar algún tipo de base de operaciones en aquel lugar, sin duda no era el lugar con mejores posibilidades para desarrollar cualquier tipo de actividad, nadie quiso dar una respuesta a aquello; el sueño y cansancio eran devastadores.

En la mañana siguiente, que había comenzado con anticipación por la singularidad de los polos, Cooper tuvo un detalle que se agradeció por toda la tropa, se nos permitió dormir dos horas más, aunque a pesar de que los calefactores trabajaron todo ese tiempo, la temperatura jamás tuvo un despunte en su medición, siempre permanecíamos bajo cero; solo podíamos pedir más de nuestros uniformes y cobertores.

El alboroto el campamento era el mismo que el visto en cualquier otro emplazamiento militar, las mañanas estaban cargadas de actividades, aquellos que se hacían cargo de nuestra alimentación, los que vigilaban las municiones y armas, los hombres que estaban entrenados en leer mapas y establecer rutas y obviamente los oficiales que mantenían comunicaciones con la Queen of the Seas.

La noticia no fue dada como pública, pero en un destacamento de noventa hombres fue tan fácil que la información corriera como pólvora encendida; uno de los oficiales de comunicaciones había reportado al oficial al mando un hecho que no debía ser tomado a la ligera, lo que ocurría era una falta de

comunicación con el navío ; si bien se recibían las transmisiones con cierta dificultad, las emisiones por parte de los oficiales no podían ser captadas por la embarcación; el hecho fue atribuido al daño intrínseco de los aparatos por el intenso frío, pronto aquello fue minimizado.

El campamento se levantó con celeridad para emprender los últimos kilómetros de desplazamiento hacia donde fuese que nos desplazábamos, las cosas eran como todos los días anteriores sin embargo en esta ocasión el clima parecía que era aquella razón que no nos permitiría realizar las labores de una manera sencilla; los vientos comenzaban a soplar aún más fuerte, nadie sabía si realmente aquello se comportaría como el nuestro hogar donde nubarrones predicen lluvias.

A diferencia de lo que todos creíamos, las afecciones climáticas no se irían, de hecho, no se modificaban en cuanto a su intensidad y para ser un poco más exactos con lo que nuestros ojos observaban, aquel panorama poco a poco iba tornándose oscuro; al parecer aquellos días perpetuos que nos rodearían constantemente ahora no se encontraban de nuestro lado.

Los hombres comenzaron a ceder ante el frío y el cansancio hasta que Cooper no tuvo mayor opción que permitir el descanso que tanto necesitaba su tropa, se informó por parte de los allegados al oficial que faltaban al menos dos kilómetros para llegar a un peñasco natural en la Antártida donde se presumía estarían enclavados aquellos que intentaban esconderse del destino de los que se encontraban combatiendo en otros continentes. Todavía no entiendo cómo es posible que hayan encontrado si quiera una pista de esos malditos alemanes.

Fueron necesarias dos horas para que nuestros adoloridos pies fueran cada vez más difíciles de calentar, ahora el fuego ya no podía calentarnos de la misma manera, el frío era tal que teníamos que acercar los pies cada vez más cerca de las fogatas ocasionando que nuestras plantas se quemaran con el ondulante fuego; muchos ni advirtieron que era su propia carne la que ardía, el frío ya había congelado sus nervios.

Antes de perder a todos los hombres por lesiones térmicas y otras causas; Cooper ordenó que todos debían seguir el camino, los vehículos fueron los primeros en poner resistencia ya que el viento incesante y el frío habían terminado por afectar los motores; solo tuvimos suerte en encender un par de ellos, estos se reservaron para los oficiales, los demás, tuvimos que caminar.

En medio de una cortina inmensa de color blanco ocasionada por la nieve que era arrojada al aire por el agresivo viento, detrás de aquella visión es donde se encontraba el peñasco que habíamos venido buscando; Una enorme edificación natural en donde no se encontraba ni una sola alma, no habían señales de ningún asentamiento humano; ni los alemanes habrían podido sobrevivir a aquellas condiciones, todo había sido en vano.

Las circunstancias habían hecho de aquel un momento sumamente decepcionante, la cuenta se había perdido desde que habíamos abandonado las costas del Mar de Wedell, seguramente los demás miembros de la tripulación habían perdido la fe en nosotros; incluso nadie estaba seguro de que el grupo de hombres que volvió a la embarcación hubiera llegado a salvo.

Nosotros nos encontrábamos tan desanimados, con las armas y brazos congelados por igual que lo que menos imaginamos que podía suceder era el reiniciar otra caminata, esta vez Cooper se encargó de hacer el llamado y en un burdo intento por regresarnos nuestros ánimos, se nos ordenó tomar todo el equipo, dejar los vehículos restantes y de esa manera aligerar el paso para rodear la meseta; se nos había informado que debíamos estar preparados para entrar en combate en cualquier momento.

Caminábamos bajo el incesante chillido del viento en nuestros oídos, las orejas no sentían más el frío, en su lugar muchos creíamos que se habían caído cual cubos de hielo en algún sitio durante nuestra caminata.

En uno de los sitios de aquella formación natural se escondía una estructura que no podía ser divisada desde ninguna otra posición ya que se tenía que observar de cerca, dos paredes gélidas enormes, no solo dificultaban la visión de esta, sino que la hacían casi invisible a cualquier ojo humano.

Cuando todos advertimos aquello, rápidamente entro en nosotros el sentimiento guerrero del que gozábamos todos, ya que un lugar como aquel flanqueado por dos enormes muros naturales y probablemente alguna excavación natural, brindaban un escondite natural para cualquier persona que quisiera esconderse por cualquier motivo. Todos juntamos la fuerza ya casi inexistente en nosotros para poder colocarnos en posición, muchos tuvieron una dificultad terrible para arrodillarse ya que la sensación de partirse las piernas mientras lo hacían era el sentimiento que predominaba.

Cooper, junto con dos cabos fueron los que se adelantaron a investigar lo que yacía detrás de las dos paredes, paredes que bien pudieron ser edificios pequeños, por un momento desaparecieron escondidos por aquellas estructuras, pasaron algunos minutos hasta que el hielo devolvió a los tres soldados que iban de avanzada. Por mi parte, yo no solo podía dedicarme a tomar nota sobre todos los sucesos que estaban ocurriendo.

No parecía haber señales de lucha o forcejeo en el rostro de aquellos soldados, en su lugar había caras inexpresivas, quizás el frío también había paralizado las expresiones de Cooper y sus hombres.

Un grito rompió el sonido de la ventisca, voz del oficial nos ordenaba avanzar, pronto nos encontramos en medio de aquellas columnas de blancas superficies; muchos tomamos con mayor fuerza nuestras armas esperando algún contacto alemán, el avance era demasiado angustiante y algunos llegaron a pensar que aquel justo instante serían atravesados por alguna bala enemiga.

Llegamos por fin al final del corredor que se dibujaba entre las paredes, allí no había alemanes, en su lugar se encontraba una caverna gélida que perdía su color blanquecino para dar lugar a una coloración semejante al azul turquesa o al celeste, varios matices de azules la decoraban al menos hasta donde nuestros ojos llegaban.

Al adentrarnos aún más en aquel sitio pudimos constatar que el refugio servía de manera efectiva para protegernos del frío ya que el viento no podía alcanzarnos allí dentro y quizás esa era la razón por la cual aullaba con mucha más vehemencia.

Pronto la desconfianza por aquel nuevo lugar se sembró entre los hombres ya que probablemente si nosotros habíamos logrado llegar hasta ella quizás los enemigos habrían podido utilizar su perfecta situación estratégica para esconder todos sus artilugios y preparar algún tipo de acción en contra de los aliados.

Esperamos un poco hasta que el frío fue menos intenso y rápidamente cargamos el pesado equipo de iluminación para explorar las profundidades, dos hileras de soldados se había formado para intentar descifrar aquel lugar que se escondía delante de nosotros.

Nuestras armas se empuñaban con mucha facilidad y la sensación de estar

congeladas había desaparecido al entrar en el calor de aquel lugar, aunque no era un verdadero calor, al menos eso se encontraba mucho mejor que la temperatura que se encontraba manifiesta en los lugares del exterior.

Avanzamos un aproximado de doscientos metros hasta que la luz natural, la escasa luz, dejó de servirnos como faro guía, ahora la obscuridad se erguía sobre nosotros mostrando un camino casi en su totalidad plano con escasas irregularidades, seguramente aquel lugar había sido trabajado por hombres quienes tenían que poner en condiciones el sitio para poder introducir vehículos los cuales seguramente yacían escondidos dentro.

La respuesta a nuestra intriga no llegó pronto, de hecho habíamos recorrido quizás unos quinientos metros dentro de aquella caverna natural, observando los diferentes juegos de colores que se orquestaban entre nuestras luces y el hielo casi inmutable que se encontraba en su interior; pasábamos minutos enteros sin poder avistar ni el final de aquel sitio y obviamente ninguna señal de actividades humanas, señales que esperábamos encontrar ya que si aquella era una estación; no estaba exenta de los requerimientos básicos para una instalación humana tales como electricidad, agua y tuberías necesarias para alimentar a las máquinas que probablemente se encontraban sedientas en el fondo de aquel lugar, en vez de todo aquello el recorrido era adornado por hielo y más hielo.

Cercanos a los mil metros de distancia de la entrada de aquel sitio, medición que era realizada por cuerdas de referencia, pudimos avistar la primera señal de actividad; aunque esta actividad no era precisamente la que esperábamos encontrar, un resplandor azul se podía avistar hasta un extremo de aquel gélido camino. Nos dispusimos a avanzar cada vez más y más cerca hasta que el resplandor revelaba una curvatura natural en el pasaje, todos los soldados preparamos las armas y avanzamos listos para disparar, algunos avanzaban con los ojos cerrados ante el temor de ver directamente a los ojos al enemigo que probablemente pondría una bala entre sus cejas.

Casi al unísono los primeros cinco hombres de ambas filas establecieron contacto con lo que había rodeado la esquina de hielo, lo que muchos esperaban de aquel primer contacto eran los disparos aliados contra otros disparos Alemanes sin embargo el silencio una vez más nos mostró su expresión; pronto todos habíamos llegado al mismo sitio que los demás hombres

y lo que todos pudimos observar fue una enorme puerta metálica con una gigantesca cruz oscura que adornaba una puerta que lucía sumamente pesada y resistente con sus más de dos metros de altura y justo en la base se encontraban varios uniformes enemigos que aún tenían las armas sujetas a los ropajes; aunque no había señales de ninguno de los portadores, tan solo estaba allí abandonados, aquel hallazgo solo logró poner en una máxima tensión a los hombres de Cooper. habíamos encontrado a los alemanes, en verdad estuvieron allí, pero ninguno de ellos se notaba tener vida o al menos ninguno de los que pudieron haber portado aquel uniforme. Era totalmente extraño encontrar ropajes alemanes abandonados sin más y, aún más raro, era ver que también habían dejado sus armas sin darse el lujo de llevárselas consigo pues para un hombre de guerra, su arma es su vida.

Aquella pieza metálica no estaba cerrada en su totalidad ya que dejaba escapar el resplandor azul que nos había guiado hasta ella, lo que lo producía quías se encontraba al otro lado de la misma; por un momento hubo dudas sobre qué hacer, pero un oficial no tiene permitido dudar ante sus subordinados, por lo que dio una orden a los hombres que van hasta el frente; la orden fue silenciosa y realizada con acciones del brazo de Cooper, la intención era clara, abrir la puerta.

Dos hombres se acercaron rápidamente a la puerta y con muchas dificultades lo intentaron mover sin tener éxito alguno y fue necesario que un tercero se uniera a ellos para poder mover algunos centímetros aquella estela metálica, Cooper en un arrebato se unió a ellos para movilizarla; los hombres que los observaban ya tenían los dedos listos para disparar a lo que hubiera detrás de ellos.

La puerta cedió rompiendo fragmentos de hielo a su paso y dejando caer la escarcha sobre aquellos que la hicieron ceder en su afán de proteger su interior.

La cara de los hombres fue iluminada por el intenso azul que ahora emanaba del interior, aquellos que habían cerrado los ojos no pudieron mantenerlos así más tiempo y al abrirlos lo que notaron fue un cuarto inmenso excavado totalmente en el hielo con una fuente de luz que emanaba de una piedra que se encontraba tirada en el medio de aquel lugar, quizás eso no era lo que esperábamos encontrar pero lo que definitivamente no había cruzado ni por un

pequeño instante por nuestra imaginación había sido el hecho que aquella piedra de escasos veinte centímetros de cortes groseros y partes cristalinas desnudas; se encontrara rodeada por seis cuerpos que formaban un círculo alrededor de la piedra.

Los cuerpos se encontraban en un estado de putrefacción detenida por la acción del frío o por alguna situación que había logrado conservar algunos de sus rasgos físicos, pero sin darles la apariencia de una persona viva, de hecho, quizás lo que más asusto a los hombres de armas que las pudieron observar era que tenían una cabellera que excedía su propia altura, ahora por las vestimentas en forma de túnicas y las largas cabelleras comenzábamos a creer que eran mujeres.

Después de la primera impresión, todos recobraron la movilidad de su cuerpo que había sido paralizado por la impresión, ahora Cooper y sus oficiales se adentraron en el salón con una sola idea en la mente tomar aquella piedra para reclamarla a nombre de los Estados Unidos.

Cooper fue el primero en poner las manos sobre la piedra, una mirada de asombro era lo único que opacaba a aquel brillo, su rostro era totalmente bañado en azul, incluso hasta había olvidado portar el casco que seguramente perdió en la movilización de la puerta.

Los ojos de los oficiales a los lados de Cooper habían sido presa de aquella joya como lo había sido la del primer hombre, después de sostenerla un rato, el dirigente de todos aquellos hombres se dio la vuelta mientras sostenía la piedra entre sus manos; una sonrisa se dibujaba en su rostro y por ello todos bajaron sus armas para relajarse, allí no existía ningún peligro.

La piedra fue envuelta en un bolso y escondió su gran resplandor azul, aunque no en su totalidad ya que aquel brillo no podía ser detenido por las costuras de la bolsa y en su lugar nos daba aun un poco más de luz para poder marchar de regreso a la entrada.

El camino fue más sencillo de regreso, ahora todo parecía haberse resuelto, ya que habíamos encontrado aquello que seguramente el Führer había escondido detrás de su inútil puertecita.

Las charlas sobre la función de aquella piedra no se hicieron esperar, todos teníamos nuestras explicaciones sobre el uso que se le había dado a aquel

material o la razón de por qué Alemania la tenía resguardada en un lugar tan inaccesible, pero con tan poca vigilancia, algo así no se ve todos los días, era el pensamiento de la mayoría de los que nos encontrábamos allí.

La razón y la utilidad de aquel instrumento ya no dependía de nosotros, nuestra tarea solo era reportar lo que habíamos encontrado y de los intentos vanos de los Nazis de mantenerlo oculto con un montón de trapos viejos y viejos cadáveres que a nadie habían estremecido.

La luz se avecinaba, pronto regresaríamos a la embarcación y terminaríamos esta gélida odisea, el caminar de los hombres era despreocupado.

Pronto, el más rezagado de la marcha soltó un grito que heló a todo mundo, su grito fue rápidamente ahogado en el momento en el que todos volteamos hacia aquel infortunado hombre; nadie esperaba ver lo que todos observamos.

Las bengalas que llevábamos no fueron capaces de sobrevivir al embate de algo que se encontraba en la obscuridad, los hombres sintieron mucho más temor al encontrarse en medio de la obscuridad y es que eso hace despertar a los instintos más primigenios de los seres humanos pues es quizás, el temor principal a aquello que yace oculto en medio de la obscuridad, aquello que el hombre no puede ver ni esperar o al menos, si así fuesen a morir, nadie quiere morir no sabiendo qué es lo que se oculta detrás de su propia muerte. En aquel momento, estoy seguro de que el único susurro que podía entender era el de los hombres rezando Dios, pedían con todo el fervor del mundo, poder encontrar una salida a todo aquello y es que ninguno de nosotros éramos hombres precisamente formados para una guerra ártica, estábamos en desventaja. Esos alemanes, quizás eran los que estaban tendiéndonos una trampa y habían montado todo aquel teatro para hacernos caer víctimas de algún tipo de artimaña que planeaban con anticipación a que llegásemos.

En medio de la obscuridad, apareció lo que nadie pudo haberse imaginado, dos ojos que emitían una luz de color rojo, pero estos oscilaban entre el azul y el rojo de manera sutil, como si estuviesen siendo alimentados por algún tipo de energía eléctrica que no conocíamos y que seguramente era obra de los alemanes. Ese resplandor, no solo nos mostraba su coloración, también nos mostraba que eran propiedad de una persona muy alta, pero había algo aterrador en su rostro, estaba totalmente enrarecido pues no parecía el de un hombre y es que se notaba como en medio de la obscuridad, se dibujaba una

cabeza que era sostenida por un cuerpo que era delgado hasta los huesos y en ese extraño hombre, la piel se le pegaba hasta los huesos, seguramente era otro de esos experimentos mortales que hacían los nazis con los pobres desafortunados que caían en sus manos, pero aunque así fuera, ¿Cómo era posible que los alemanes encontraran a una persona tan alta para hacer sus experimentos? El pobre individuo, si es que era un hombre, fácilmente medía más allá de los dos metros y veinte centímetros, era como un gigante de cabello muy largo.

El instinto no fue otro más que el de abrir fuego, Owens fue el primero en tomar su arma para acabar con aquel adefesio que tenía aprisionado a uno de sus compañeros pero justo en el momento en el que apretaría del gatillo, el arma del miembro de la 7ª división acorazada fue alcanzado por otra mano que le tomó del brazo y se asió a su cuerpo con tal fuerza que le hizo perder el equilibrio consiguiendo que el arma regara el fuego en el techo de la caverna; el brillo dado por los disparos no hizo más que acelerar aún más el corazón de los que vimos aquel macabro espectáculo porque las demás mujeres que yacían en el salón, antes inertes y sin ningún rastro de vida, ahora reptaban sobre sus cuerpos pegados al hielo con dirección hacia nosotros.

Al ver aquello, todos tomaron sus armas y abrieron fuego en su contra. Las balas, embebidas en una hermosa ráfaga de colores rojos y dorados, atravesaban la piel macilenta que colgaba de los deteriorados huesos, pero el efecto esperado de derribarlas jamás se consiguió, uno a uno fue siendo presa de los poderosos brazos sin carne de los cuerpos de ojos de color azul.

Yo logré escapar, cual cobarde abandona una batalla, solo quiero dejar descrito lo que ha ocurrido aquí y no es que tenga deseos de ser exonerado por el hecho de no haber peleado junto a mis compañeros, es solo que creo con una gran convicción que, esos seres son un gran peligro para todos los que vivimos en este planeta, ahora mismo sé que Adolf, realmente no vive en este mundo, no, él no proviene de por estos lugares, seguramente tiene su residencia justo en el más profundo de los agujeros del infierno. Ojalá los próximos encuentren mi diario y mis anotaciones antes de volver a abrir esa puerta, antes de volver a despertar su sueño y espero que esto solo sirva para prevenirles del gran peligro de estos seres. ¿Eran realmente armas alemanas? o ¿Quizás sea algo más que ellos también vinieron a buscar? No estoy seguro de eso, solo sé que

mi destino será morir en medio del inclemente frío de la Antártida.

FIN DEL RELATO.